

**Enrique Rubio Cremades**  
Universitat d'Alacant

# Los inicios literarios de Vicente Blasco Ibáñez: *Fantasías. Leyendas y tradiciones*

Los primeros escauceos literarios de Blasco Ibáñez constituyen hoy día una auténtica rareza bibliográfica. Obras olvidadas que nos remiten a la temprana publicación escrita en valenciano “La torre de la Boatella” (1883)<sup>1</sup>, inserta en el almanaque *Lo Rat Penat* dirigido por Constantino Llombart<sup>2</sup>. Precisamente en esta misma publicación aparecería, un año más tarde, la leyenda hispanomorisca *Fátima*, escrita, al igual que la anterior, en valenciano.

La primera edición de *Fantasías. Leyendas y tradiciones* se llevó a cabo en el año 1887, en la imprenta de *El Correo de Valencia*, y en cuyo corpus se incluían los relatos “Fátima” (en versión castellana), “La misa de media noche”, “Alvar Fáñez”, “Fray Ramiro”, “Historia de una guzla”, “Tristán el sepulturero”, “La predicción”, “El castillo de Peña Roja”, “La espada del templario”, “La noche de San Juan” e “In pace”. La segunda edición del citado corpus se realizaría en Madrid, en el año 1928, en “Editorial Cosmópolis”, y la tercera en el año siguiente, 1929, en la editorial “El libro de todos”. Según el testimonio de Emilio Gascó Contell –que no cita estas ediciones en su estudio– cabe suponerlas fraudulentas, pues las considera de auténtica tropelía. Hecho que irritaría al propio Blasco Ibáñez, “enfadado de ver que reaparecía en las librerías españolas, y al socaire de su celebridad literaria, una labor juvenil re-

pudiada por el propio autor desde hacía largos años. Le indignaba además, lo que él llamaba la piratería de un desaprensivo chupatintas”<sup>3</sup>.

**RESUMEN.** Aquí se estudian las novelas de Blasco Ibáñez que tienen mayor deuda con el folletín o la novela folletinesca. Blasco, como otros novelistas del siglo XIX, considera que el folletín inicia la renovación de la novela española. A pesar del sentido peyorativo que suele darse al adjetivo “folletinesco”, esas obras repudiadas por el autor son verdaderos ejercicios de aprendizaje que evidencian un talento poco común y que constituyen la raíz de toda su novelística.

<sup>1</sup> Este primer escrito de juventud narra en valenciano el cerco de Jaime I de Aragón fuera de la ciudad de Valencia. Texto que figura en las *Obras completas* de Vicente Blasco Ibáñez, Madrid, Aguilar, 1979 (2ª ed.), Tomo V, pp. 5-8 y que recoge la versión del Almanaque *Lo Rat Penat*, 1883, pp. 81-88. La colección completa consta de diez volúmenes: *Lo Rat Penat. Calendari llemosí correspondent al present any de 1875*, Valencia, 1874 a 1883, 10 tomos en 3 vols. Contiene numerosos trabajos literarios tanto en prosa como en verso. El ejemplar consultado pertenece a la Biblioteca de Cataluña. El citado relato está fechado por el propio V. Blasco Ibáñez en noviembre del año 1882 y fue traducido al valenciano por *Constantí Llombart*, seudónimo de Carmel Navarro y Llombart.

<sup>2</sup> Constantí Llombart fundó la sociedad *Lo Rat Penat*. Entre sus miembros figura V. Blasco Ibáñez. El título de la publicación era el siguiente: *Lo Rat Penat. Periodich Literari Quincenal, orgue oficial de la Societat de amadors de les glories valencianes, redactada per escriptors valencians i dirigida per en Constantí Llombart*, Valencia, Imprenta Unión Tipográfica, 15 Desembre, 1884, prospecto fol. a. 15 Mars 1885, 6 números, 48 páginas, folio, 20 colms. Para un estudio sobre C. Llombart vid. M. Lluch Soler, *Constantino Llombart: Apuntes biográficos*, Valencia, Universidad de Valencia, 1996. Vid. también al respecto la Biblioteca de Autor “Constantí Llombart” en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<sup>3</sup> Emilio Gascó Contell, *Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez. Agitador, aventurero y novelista*, Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., Editores Libreros, 1957, p. 45.

Toda esta producción literaria, más los relatos *El adiós de Schúbert*, *El final de Norma*, *Un idilio nihilista*, *Marinoni*, *La muerte de Capeto*, *El conde Garci Fernández*, *Romeu el Guerrillero*, *Caerse del cielo...*, escritos en la década de los años ochenta, indican con claridad la prolífica producción literaria llevada a cabo durante sus primeros años de existencia, especialmente en su etapa universitaria en Valencia. De hecho algunas de estas piezas literarias tuvieron un gran éxito en su época, como la novela histórica *El conde Garci Fernández*, editada por primera vez en 1888 y reeditada en 1928 por la ya citada editorial Cosmópolis.

El libro *Fantasías. Leyendas y tradiciones* aparece en una fecha en la que ya no es habitual la publicación de leyendas fantásticas a la manera de los escritores románticos, aunque sí, y con cierta timidez, se editaran relatos o leyendas en donde se entrecruza el elemento fantástico con el hecho histórico. La leyenda se despoja de la versificación característica del romanticismo y adopta la prosa como medio idóneo para la narración de unos hechos, incluyendo entre sus contenidos elementos fantásticos, maravillosos, de idéntico corte que el de los cuentos legendarios o fantásticos e históricos. A la ya manifiesta admiración e influencia de Bécquer en *Fantasías*, en sus versos *Del salón en el ángulo oscuro/de un dueño tal vez olvidada, / silenciosa y cubierta de polvo...* que figuran al frente del relato “Historia de una guzla”<sup>4</sup>, *Fantasías* constituye el epígono del relato legendario, de ahí que el propio Blasco, conocedor del nuevo rumbo de las corrientes estéticas de la novela, desechara o repudiara estos relatos juveniles que nada nuevo aportaban en su singladura novelística. El principal biógrafo del escritor, Gascó Contell, refiere que cuando “tuvo ocasión de vivir en la intimidad literaria del maestro (entre 1918 y 1928, esto es, durante la etapa de notoriedad universal), más de una vez trató de estimular su memoria a fin de tomar algún apunte, útil en el futuro para completar la biografía de Blasco en cuanto a esa labor inicial comprendida entre los doce y veinte años. Pero el maestro no quería hablar jamás de esos trabajos de la primera juventud, que con extremado rigor autocrítico, hundía en el misterio; y encabezaba su obra con *Arroz y tartana* y con los *Cuentos valencianos*”<sup>5</sup>.

El propio Blasco *olvida* esta producción literaria llevada a cabo en su juventud, dejándola en manos de futuros investigadores. De hecho, Camille Pitollet manifestó su intención de incluir sus obras de juventud para la biografía del propio Blasco, pero éste le indica que no debe estudiarlas, analizarlas, sino mencionarlas “ligeramente en un pasaje y basta. Son libros que hice para ganar dinero (aunque solo gané para comer, escasamente) y que no valen nada. No

---

<sup>4</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1987, vol. IV, p.47.

<sup>5</sup> Op. cit., p. 36.

El propio Gascó refiere que Blasco sólo habló de este juvenil corpus literario a raíz de las ediciones llevadas a cabo sin el consentimiento del escritor: “Acerca de estas curiosas obras de las que Blasco Ibáñez ya no quiso oír hablar en el resto de su vida, recuerdo el incidente que se produjo hacia 1926 cuando cierto periodista de Madrid, en funciones de editor, acometió la empresa de publicar toda una larga serie de volúmenes que reproducían una gran parte de dichas obras olvidadas”, *Ibíd.*, p. 45.

quedan ejemplares, nadie se acuerda de ellos, son indignos de mí. Deje esto para el futuro, si algún erudito quiere buscarlas [...]”<sup>6</sup>.

Este desdén por su inicial creación literaria se evidencia con claridad en la carta que envía a Julio Cejador y Frauca (escrita y fechada en Cap-Ferrat, 2 de mayo de 1918), pues tras indicarle sus fuentes literarias, credo estético y otros múltiples aspectos referidos a sus novelas, clasifica su obra en secciones o series, figurando en el primer grupo de su andadura novelística las por él denominadas *novelas valencianas* (*Arroz y tartana*, *Flor de Mayo*, *La barraca*, *Entre naranjos* y *Cañas y barro*), excluyendo manifiesta y tácitamente su inicial producción literaria. Clasificación que fue respetada por la crítica posterior, pues sólo ligeras modificaciones aparecen en la catalogación u ordenación de sus obras. Así, por ejemplo, *Andrenio*<sup>7</sup>, respeta el citado criterio de Blasco, aunque con ligeros matices en función del contexto histórico en el que se publican, al igual que Zamacois<sup>8</sup>, León Roca<sup>9</sup>, Baquero Goyanes<sup>10</sup>, Martínez de la Riva<sup>11</sup>, Dendle<sup>12</sup>, que si bien son escrupulosos con la clasificación ofrecida por el propio Blasco, las agrupan o analizan en función de su ideología, contenido o tema social desde una doble perspectiva: la religiosa y la política<sup>13</sup>.

La carta dirigida a Julio Cejador<sup>14</sup> y el testimonio de Gascó Contell son, pues, harto significativos. Sin embargo, pese a su actitud censoria sobre dichas obras de juventud, los escritos de Blasco pertenecientes a su etapa universitaria merecen librarse de la poda general que el propio autor hizo de ellos, por su singularidad en el conjunto de su obra, por estar libres del credo estético naturalista y por matizar su trayectoria literaria desde una perspectiva amplia y completa. Pero, fundamentalmente, por encontrarse en ellos, páginas de gran belleza literaria, realizadas con excelente pulso narrativo que anuncian ya la gran capacidad creativa del autor valenciano.

En el primer relato que figura al frente de *Fantasías*, “La misa de medianoche”, encontramos una serie de recursos literarios propios de la novela histórica del romanticismo, género del que era asiduo lector gracias a la vinculación familiar de sus padres con el impresor y editor valenciano Mariano Cabrerizo<sup>15</sup>,

<sup>6</sup> Camille Pitollet, “Blasco Ibáñez y Valencia”, *Bulletin Hispanique*, XXXI (1929), p. 379.

<sup>7</sup> Eduardo Gómez de Baquero [*Andrenio*], “El caso de Blasco Ibáñez”, en *De Gallardo a Unamuno*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929.

<sup>8</sup> Eduardo Zamacois, *Mis contemporáneos*, Madrid, Librería Sucesores de Hernando, 1910.

<sup>9</sup> José Luis León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Prometeo, 1967.

<sup>10</sup> Mariano Baquero Goyanes, “La novela en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, Barcelona, Vergara, 1958, V, pp. 53-143.

<sup>11</sup> Ramón Martínez de la Riva, *Blasco Ibáñez: su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas*, Madrid, 1924.

<sup>12</sup> Brian J. Dendle, “La novela española de tesis religiosa. De Unamuno a Miró”, *Anales de Filología Hispánica*, 4 (1988-1989), pp. 15-26.

<sup>13</sup> Enrique Rubio Cremades, *Panorama de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 640-673.

<sup>14</sup> La carta que V. Blasco Ibáñez escribe a Cejador está publicada íntegramente en la Nota bibliográfica que figura al frente de sus *Obras Completas*, op. cit., pp. 14-22.

<sup>15</sup> Emilio Gascó señala que “no era, en rigor, pariente de Blasco. Pero una tía de la madre del novelista, doña Vicenta Martínez, gobernaba como ama de llaves la casa del célebre librero; y estas relaciones establecieron entre el editor y sus paisanos, los parientes y protegidos de doña Vicenta, una gran familiaridad. Al nacer el niño, la madrina de pila fue doña Vicenta; y se le puso el nombre de Vicente en señal de consideración a la tía y protectora.

El editor Cabrerizo le cobró gran afición al ahijado de su ama de llaves. Le recibía en su casa con alborozo, le llenaba los bolsillos de golosinas, y muchas veces se lo llevaba al huerto de la casa –un magnífico huerto de la primitiva Alameda–, para jugar con él como un verdadero abuelo.

A lo largo de su existencia, siempre pensó Blasco Ibáñez en su *abuelo* con profundo cariño y reclamando la honra de tenerle como un verdadero antepasado familiar”, en op. cit., p. 30.

a quien el propio Blasco recordó siempre con entrañable afecto. Gascó Contell refiere esta inicial formación libresca de Blasco durante su niñez y adolescencia, pues en su casa, apunta Gascó, “había muchos libros, muchísimos; unos, regalados por su pariente Cabrerizo, y otros, adquiridos por don Gaspar [padre de Blasco], que fue siempre gran lector”<sup>16</sup>. Cabe señalar al respecto que el impresor cabrerizo fue el artífice de una de las más importantes y señeras colecciones de novelas históricas. La famosa colección consta de setenta y ocho volúmenes –cuarenta y cinco novelas en total-. La primera novela histórica, *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne*, se publicó en su imprenta (1830, 3 vols.) y figura en los repertorios bibliográficos sobre novela histórica como la primera en su género. Cabe señalar también que Cabrerizo fundó en Valencia el primer gabinete de lectura por inscripción. Su figura es equiparable a lo que fue Bergnes de las Casas en Cataluña. Es evidente, pues, que la afición por la lectura de relatos históricos ambientados en la Edad Media, como sucede en *Fantasías*, estuviera influenciada por esta relación literaria juvenil.

De entre sus lecturas de adolescencia, Blasco confiesa también haber leído con no poca fruición a Víctor Hugo, a Walter Scott, escritores que, indudablemente, influyen en sus relatos más tempranos. A los doce años leyó, según refiere Gascó Contell, el libro de Pi y Margall *Estudios de la Edad Media*<sup>17</sup> y, más tarde, a Michelet. Suponemos que Gascó se refiere a la obra de Jules Michelet, autor de unas celeberrimas publicaciones que fueron tenidas en cuenta por los novelistas europeos de la primera mitad del siglo XIX<sup>18</sup>, incluidos los españoles, como en la gran novela histórica *El señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco. Influencias en sus escritos juveniles en los que estarían presentes creaciones de fácil identificación con las leyendas de Blasco, como las ya apuntadas con anterioridad y con relatos publicados pocos años inmediatos a la aparición de *Fantasías*, como los debidos a José Gómez de Santiago (*La sombra de Bécquer, colección de cuentos con pretensiones de imitación*<sup>19</sup>), Teodoro Baró (*Veladas de invierno, historia, cuentos y fábulas*<sup>20</sup>), José Ogea (*Célticos, cuentos y leyendas de Galicia*<sup>21</sup>), María Pilar Sinués (*Luz y sombras, leyendas*<sup>22</sup>), Rafael Ramírez de Arellano (*Leyendas y narraciones populares*<sup>23</sup>) ... Cabe recordar que no

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 31.

Para un estudio de la célebre colección de Cabrerizo cfr. Antonio Rodríguez Moñino, *Catálogo de libros españoles (1661-1840)*, Madrid, Langa y Cía, 1945. Comprende un estudio de la historia de las librerías en Madrid, Barcelona, Valencia, etc.; una bibliografía de los catálogos de los libreros desde 1661 hasta 1840 y en las páginas 173 a 240 incluye documentos sobre las impresiones e imprentas del Nuevo rezado.

<sup>17</sup> Francisco Pi y Margall, *Estudios sobre la Edad Media*, Madrid, Biblioteca Universal, 1873.

<sup>18</sup> Especialmente las obras referidas a los templarios, como *Procès des Templiers*, Paris, Imp. Nationale, 1841-1851, [s.a.]. Años más tarde Blasco Ibáñez llevaría a cabo la primera traducción del francés al castellano de su obra *Historia de la Revolución Francesa*, Valencia, Sempere, 1900, 3 vols.

<sup>19</sup> José Gómez de Santiago, *La sombra de Bécquer, colección de cuentos con pretensiones de imitación*, Madrid, García, 1886.

<sup>20</sup> Teodoro Baró, *Veladas de invierno, historia, cuentos y fábulas*, Barcelona, J. Jesús, 1883.

<sup>21</sup> José Ogea, *Célticos, cuentos y leyendas de Galicia por... con un prólogo de D. Manuel Murguía*, Orense, Antonio Otero, 1883.

<sup>22</sup> María Pilar Sinués, *Luz y sombras. Leyendas originales*, Madrid, Saturnino Calleja, 1873.

Pilar Sinués fue una de las escritoras que más contribuyó a la lectura de leyendas en la segunda mitad del siglo XIX. Cfr. por ejemplo sus publicaciones *Cuentos de mi lira. Colección de leyendas en verso*, Madrid, Imprenta de T. Núñez Amor, 1857; *Amor y llanto. Colección de leyendas*, Madrid, Imprenta de T. Núñez Amor, 1857; *La Ley de Dios. Colección de leyendas basadas en los preceptos del decálogo*, Madrid, Imprenta de Ribadeneyra, 1858; *Glorias de la mujer. Leyendas*, Madrid, Saturnino Calleja, 1878 y *Leyendas morales*, Paris, C. Bouret, 1884.

<sup>23</sup> Rafael Ramírez de Arellano, *Leyendas y narraciones populares*, Córdoba, 1878.

sólo este conjunto de leyendas o cuentos legendarios y fantásticos se publicaron durante la adolescencia de Blasco, sino que también escritores de reconocido prestigio, como Juan Valera<sup>24</sup> o el padre Coloma<sup>25</sup> publicaron narraciones en consonancia con los referidos en estas líneas.

Blasco representa como escritor de cuentos legendarios el epígono del género. Su repudio o rechazo de este corpus juvenil está motivado, fundamentalmente, por su adscripción a una modalidad estética, la naturalista, que en nada se asemeja a la de su etapa inicial. Blasco en su niñez es receptor de una literatura en la que se entrecruza lo legendario con lo fantástico, lo sobrenatural. La popularidad de E.T.A. Hoffmann y Edgar Allan Poe es evidente en la España del siglo XIX y la casi totalidad de los escritores adscritos al realismo-naturalismo escriben cuentos o relatos fantásticos de excelente factura, como los ya citados de Valera y Coloma o los debidos a Alarcón, Galdós, Pardo Bazán, entre otros. Ahora bien, su producción literaria adscrita al género novela relega a un segundo término toda esta producción literaria, considerándose como principal valor de la importancia del escritor sus novelas realistas-naturalistas. En cualquier caso o hipótesis, Blasco desdeña o repudia toda esta inicial producción por estar imbricada en un mundo medieval, fantástico, romántico. En una escuela que ya nada nuevo tiene que decir o aportar. Pese a ser una creación juvenil se adivina ya la innata vocación creadora, novelística de Blasco, y si bien *Fantasías* no ocupa un lugar señero en su producción, no por ello merece el desdén, pues, como ya apuntábamos con anterioridad, se percibe con nitidez la gran vena creadora del autor.

El primer relato que figura al frente de *Fantasías* –“La misa de medianoche”– preconiza con claridad una serie de recursos literarios que van a ser reiterativos en siguientes narraciones. Así, por ejemplo, el viejo procedimiento literario del lugareño que narra o cuenta una historia a un viajero sobre un hecho fantástico o misterioso es habitual entre los cultivadores del género. Un narrador que refiere una historia que se remonta a la Edad Media y que cuenta las enemistades y rivalidades amorosas de dos familias. Bajo el arquetípico triángulo amoroso se teje una historia en la que aparecen los elementos característicos que se van a dar en las leyendas agrupadas bajo el título *Fantasías*: presencia de personajes nigrománticos, misteriosos y de procedencia extraña; rivalidades entre familias; apariciones sobrenaturales; descripciones en consonancia con la novela gótica o de terror –pasadizos secretos, puertas ocultas, galerías, estancias lúgubres...– serán, entre otros múltiples aspectos, elementos constitutivos de las leyendas de Blasco Ibáñez. Elementos que apenas difieren de las leyendas o cuentos legendarios que con anterioridad hemos citado.

Otro tanto sucede con los resortes o maneras de provocar en el lector un es-

<sup>24</sup> Respecto a Juan Valera, aunque no tiene una producción eminentemente de relatos legendarios, podrían tenerse en cuenta las narraciones tituladas “El caballero del Azor”, “El bermejino prehistórico”, “El duende beso” y “El cautivo de doña Mencía”.

<sup>25</sup> Cabe recordar, por ejemplo, *Las tres perlas (Leyenda imitada del alemán)* y *Paz a los muertos (Tradición)*, leyenda, esta última parecida a la de Bécquer –*La promesa*– por el protagonismo que ocupa la tierra por negarse a recibir en sepultura a un muerto.

tado de suspensión, de misterio, mediante el cruce de dos historias cuyo vértice común converge en el origen mismo de la leyenda, de la historia. Por un lado, la acaecida en la Edad Media, la que relata el viejo lugareño; la segunda, la que sucede en el momento presente en el que el viajero escucha. Esta segunda historia es posible gracias a un objeto evocador, a un cuadro que sirve de unión entre los siglos transcurridos. El objeto, el cuadro, cobra proporciones mágicas, tal como sucede en “La misa de medianoche”, pues en él está don Ramiro de Montalbán muerto vilmente por don Jaime de Aguilar. Años más tarde el hijo varón de don Ramiro acabará con la vida de don Jaime.

En “La misa de medianoche” el objeto, el cuadro, será el resorte de la historia, pues un judío nigromante pintará un cuadro en la Edad Media en el que figura D. Ramiro de Montalbán. El judío afirmará que cuando él muera su espíritu y su figura saldrán del cuadro para velar por sus descendientes: “Señor –dijo el nigromántico–, pronto, muy pronto pereceréis a manos de vuestros enemigos. Mas, en cambio, si vuestro cuerpo queda dentro de breve plazo reducido a la nada, vuestro espíritu vivirá eternamente animando la imagen que este cuadro representa, y podréis velar por vuestros descendientes hasta la hora de su completa extinción”<sup>26</sup>. El cuadro a partir de este instante cobra proporciones mágicas. La muerte de don Ramiro se produce en un brevísimo plazo de tiempo, y su espíritu permanecerá inalterablemente en el cuadro. Transcurridos siete siglos, el viajero que ha oído absorto la historia del viejo lugareño, no resiste la tentación de visitar la cámara de don Rodrigo. Allí contempla el cuadro con pavor y terror. Ensimismado por el retrato y cuando decide retirarse de la estancia, contempla con pánico y asombro que la imagen de don Ramiro ha desaparecido al sonar las doce campanadas de medianoche en el reloj de la vecina aldea. Blasco Ibáñez con gran habilidad maneja los resortes de la narración, pues crea unas fantásticas secuencias conducentes al desenlace.

Los descendientes de las familias de Ramiro de Montalbán y Jaime de Aguilar se reúnen en la capilla del castillo. En su recinto aparecen fantásticas figuras que presentan una variedad extraordinaria, un conjunto de personas misteriosas cuyas figuras representaban la historia de siete siglos. Un verdadero pandemónium de vestidos y figuras en donde se entrecruzan los personajes cubiertos con blancos sudarios y relucientes armaduras con aquellos que visten con greñescos, casacas, calzones o ridícula vestimenta del siglo XVIII. La atmósfera de terror está plenamente lograda. El *suspense* se mantiene hasta el final, y el desenlace es original e imprevisto, al igual que en la totalidad de las leyendas que forman parte de *Fantasías*. Al final las rivalidades de ambas familias han finalizado. Don Ramiro con voz profunda se dirige a la fantástica asamblea reunida en la capilla con un claro mensaje: “Nuestro odio ha terminado. El amor ha dado fin a las sangrientas luchas que durante muchos siglos hemos venido sosteniendo. Hoy comienza para nosotros la vida eterna y la verdadera tranquili-

---

<sup>26</sup> *Op. cit.*, p. 16.

dad del sepulcro. ¡Montalbanes y Aguilares que me oís, abrazaos, y que vuestro abrazo sea el ósculo de paz que borre nuestras antiguas enemistades! ¡Tal es la voluntad del que todo lo puede! ¡Acatemos los designios de Dios!”<sup>27</sup>.

Los recursos literarios apuntados en estas líneas serán reiterativos en otras leyendas insertas en el corpus literario de *Fantasías*. Así, en Alvar Fáñez, abundan pasajes de fácil identificación con los relatos góticos y fantásticos, como la continua presencia de pasadizos secretos o recintos misteriosos que mediante resortes ocultos servirán de cobijo a las cuitas amorosas de los protagonistas de la historia<sup>28</sup>. Otro tanto ocurre con la utilización de un objeto, al igual que en “La misa de medianoche”, para hilvanar unos hechos en donde se entrecruza tanto lo real como lo fantástico, como en el caso de la leyenda titulada *La predicción*. En dicha historia, ambientada en la Edad Media, un viejo, vestido de harapos con fama de predecir el futuro y adivinar el pasado de las personas, es perseguido por el señor feudal, don Suero de Altamonte. El viejo adivinará su oscuro pasado, el hecho más trágico de su vida: el adulterio de su mujer. Revela también dónde y cómo dio muerte a los amantes. Item más: le dice que de esta relación adúltera ha nacido un hijo. Un hijo natural que llevará el anillo nupcial de su esposa pendiente del cuello. Desde este instante el objeto, el anillo, será el eje central de la historia, el testigo mudo de una predicción que le vaticina la muerte de su única hija con sus propias manos.

El personaje que predice el futuro también aparece en otras leyendas, como, especialmente, en la titulada “El castillo de Peña Roja”, pues el viejo que pronostica el futuro al caballero castellano don Raimundo de Peña Roja se constituirá en el eje central de la historia. Su profecía estará vinculada con el comportamiento de su mujer, con su adulterio y sus relaciones amorosas con un trovador. Ante tales anuncios el caballero, tras decidir acudir a su castillo de improviso, comprobará la veracidad de los hechos, dando muerte a los amantes para marcharse, posteriormente, a Tierra Santa como peregrino. Esta galería de personajes con fama de magos, nigromantes o brujos será frecuente en el corpus literario de *Fantasías*, produciendo en el lector una sensación extraña, misteriosa, esotérica y mágica. Las descripciones y cambios de vestimenta, dis-

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 23.

El testigo mudo de tales hechos, el joven viajero, observa los pormenores de este desenlace: “Apenas estas palabras se extinguieron en el profundo silencio que reinaba en la capilla, las fantásticas figuras que a los lados de ésta se agrupaba confundieron entre sí y abrazándose estrechamente, obedeciendo los mandatos del espíritu de Ramiro.

Este último bajó rápidamente las gradas del altar y fue a estrechar entre sus brazos a otro hombre, vestido con un fuerte arnés de guerra, y el cual no era otro que su asesino, don Jaime de Aguilar”, *Ibid.*, p. 23.

<sup>28</sup> En *Alvar Fáñez* este recurso literario sirve de base fundamental para la descripción de rivalidades bélicas y cuitas amorosas, pues gracias a estos laberintos ocultos los encuentros entre adalides cristianos y árabes será posible: “Y el árabe, al decir esto, pasó una de sus manos por el muro, y la figura se despegó [...] pues el endriago de piedra había desaparecido dejando descubierta, en el mismo lugar que ocupaba, la entrada de una mina tan profunda como lóbrega. Aquel diablo berroqueño, como el lector habrá comprendido, no era otra cosa que una hábil puerta secreta. Por allí llegaremos a Valencia [...] Allí tornó a tocar otro oculto resorte y el muro se abrió, dando paso a un rayo de luz vivísima. Los dos hombres, después de atravesar los umbrales de aquella puerta secreta, penetraron en una suntuosa cámara amueblada con todo el lujo propio de una imaginación oriental”, *op. cit.*, pp. 29-30.

El elemento gótico, las descripciones propias de esta modalidad literaria se perciben también en otras leyendas que forman parte de *Fantasías*, como en *El castillo de Peña Roja*, en el episodio en el que el marido ultrajado da muerte al amante de su esposa: “La lámpara, cuya luz agonizaba hacía ya bastante tiempo, apenas si alumbraba a los dos contendientes, dejando envuelta en sombras el resto de la estancia, en uno de cuyos ángulos destacábase como una mancha negra una pequeña puerta secreta, por la cual sin duda había penetrado don Raimundo”, *Ibid.*, p. 93.

frases o situaciones recurrentes cuya finalidad no es otra que crear la sensación de misterio afloran con total espontaneidad en el mundo de ficción de *Fantasías*, actuando estos elementos como una adenda más a la intención de Blasco: la creación de un mundo plagado de sorpresas, situaciones extrañas, sobresaltos y, al mismo tiempo, admiración por la forma de narrar los hechos. Recursos que no sólo aparecen en “El castillo de Peña Roja”, sino también en otras leyendas de Blasco, como en “La misa de medianoche”, “Fray Ramiro”, “La espada del templario” y “La noche de San Juan”, entre otras.

La descripción de ambientes en *Fantasías* está en el contrapunto de la estética naturalista. En todo el corpus literario de *Fantasías* se percibe con nitidez la filiación literaria de Blasco en sus años de juventud: el romanticismo. Su formación libresca, su afinidad y pasión por el relato romántico pródigo en descripciones de ambientes medievales infartados en la encrucijada de credos religiosos –cristianos, judíos y musulmanes– remiten al lector o estudioso de la obra de Blasco Ibáñez a las novelas, cuentos y leyendas publicadas en plena ebullición del Romanticismo. Sin embargo, Blasco, lejos de imitar o ser un simple remedador de relatos fantásticos, teje una serie de historias de excelente factura literaria si las comparamos con lo publicado durante los años álgidos en la prensa literaria durante el Romanticismo. El personaje histórico de las leyendas y cuentos fantásticos de *Fantasías* discurre en una época medieval en la que se entrecruzan las tres civilizaciones enunciadas en un contexto geográfico específico: Valencia. Las incursiones bélicas de los nobles cristianos a tierras valencianas actúan como eje fundamental en estos relatos. Por ejemplo, el titulado “Alvar Fáñez” abre el corpus de *Fantasías* como modelo de narración que ofrece como protagonista a un personaje real engarzado con un hecho histórico verdadero. Evidentemente la imaginación, la fantasía, de un preciso hecho acaecido en la historia de España –cerco de Valencia en la primavera del año 1094 por el Cid Campeador– se silencia casi en su totalidad, centrándose Blasco en un episodio amoroso entre Alvar Fáñez y una misteriosa mujer árabe que al final de la historia resultará ser, según Blasco, la esposa del último rey de Valencia, Abengeal, quemado en la hoguera por el Cid.

El personaje histórico Alvar Fáñez atrajo desde época temprana a Blasco Ibáñez que, sin lugar a dudas, conocía el *Romancero general*, pródigo en referencias a la figura de este ilustre guerrero castellano que acompañó al Cid en su destierro y en sus enfrentamientos bélicos contra los moros de Valencia. Lealtad y amistad que se pueden constatar en los romances “Reconciliación del Rey con el Cid”, “Mensajes que el Cid, dueño ya de Valencia, encomienda a Alvar Fáñez para los moros y para su familia, y presentes que envía a su Rey”, “Cumple Alvar Fáñez con el Rey el mensaje que le encargó el Cid”, “Carta del Cid, que Alvar Fáñez entregó de su parte al Rey”, “Defiende el Cid a Valencia contra el Miramamolin, rey de Túnez...”<sup>29</sup> Romances que constituyen un auténtico material noticioso

<sup>29</sup> *Romancero General, colección de Romances Castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Agustín Durán*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Rivadeneyra-Impresor-Editor, 1859, I, pp. 535-541.



para Blasco a la hora de establecer la conducta de este héroe castellano, cuya hombría de bien está acorde con lo expuesto en el Romancero.

Pese a que Blasco Ibáñez enmarca sus relatos que tienen como protagonista un personaje histórico, como sería también “La espada del templario” –relativa a Juan I el Conquistador– o “Fátima”, lo importante no es la veracidad de los hechos, sino la presentación del personaje desde una perspectiva fantástica, legendaria, al igual que los escritores adscritos al Romanticismo. Desde esta óptica, el lector tiene ante sí una galería de personajes que si bien tuvieron una existencia real, sus hechos no concuerdan con lo acaecido en la realidad, falseándose la historia de estos personajes secundarios en detrimento de la realidad histórica. Blasco es consciente de ello, pues para él lo realmente importante es dotar a estos héroes de una aureola fantástica, atribuyéndoles historias o leyendas cuya procedencia proviene del pueblo, de una transmisión oral antónima de la realidad histórica. Incluso se permite ciertas licencias o imprecisiones relativas, en este caso, a los héroes históricos, como en la leyenda “Alvar Fáñez”, en la que el Cid ajusticia en público, quemándole vivo en una hoguera, a Aben-Gehal, cuando en realidad sería su adversario Ibn-Chafar, y no el primero. Otro tanto sucede con las referencias históricas sobre la Valencia medieval y diversos personajes históricos del bando musulmán o fortalezas árabes de la época. Brillan por su ausencia personajes reales que pagaron tributo al Cid, como Beni Betir (Denia, Játiva y Tortosa), Ben Razin (Albarracín), Ben Cázim (Alpuente), Ben Lupon (Murviedro), Alcadir (rey de Valencia)... y sin embargo, aparecen otros cuya presencia histórica es nula<sup>30</sup>. Ahora bien, cabe precisar que el valor de cualquier narración o creación artística no depende de la mayor o menor fidelidad histórica, conscientes de que la novela no es una crónica, un estudio sobre la realidad histórica, sino una ficción. Desde esta perspectiva los relatos ambientados en la España medieval son de una gran calidad literaria, redondos y bien pergeñados.

La utilización de la Valencia medieval histórica como eje o marco fundamental de sus cuentos fantásticos es la más adecuada para tejer sus relatos. Historias plagadas de terribles venganzas, de increíbles sacrificios con tal de vindicar o reparar una terrible injusticia, como la titulada “Fatimah”, heroína de ficción que tejerá una sutil trama para vengarse del aguerrido y cruel adalid Sidi Aben-Faraje, walí del rey de Valencia. Las luchas fronterizas, las rivalidades propias entre cristianos y musulmanes e, incluso, entre las propias civilizaciones y etnias, sirven de marco a la creación literaria. Lo fantástico se entrecruza con lo real; los sueños, las fantasías de los personajes se convierten en realidad, y el desenlace, inesperado por el cruce constante entre las fuerzas y sentimientos antagónicos que se deslizan por la narración, pondrá punto final a una narración marcada por las rivalidades entre los contendientes. Amor, odio,

<sup>30</sup> Cfr. *Historia de España. Ramón Menéndez Pidal. Dirigida por José María Jover Zamora*, Madrid, Espasa-Calpe, especialmente el titulado *La Reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*. Coordinación e Introducción por Miguel Ángel Ladero Quesada, Vol. IX, 1998.

venganza y muerte serán los soportes fundamentales de una historia truculenta y plagada de muertes. Sin embargo, no siempre Blasco Ibáñez dota a sus leyendas enmarcadas en un contexto histórico de un trágico desenlace, sino todo lo contrario. Por ejemplo, en “La espada del templario”, leyenda provenzal, los hechos hazañosos de un templario en Tierra Santa estarán en relación directa con su espada, con su acero invencible que hará invulnerable a su portador. El caballero templario, muerto y enterrado más tarde con su espada invicta, asida su empuñadura por su férrea mano, recibirá la visita de un joven niño, don Jaime I, que tomará su espada y con su acero, con el invencible Tizón, conquistará las Baleares y Valencia. Se trata, a diferencia de los anteriores cuentos fantásticos mencionados, de una historia en la que brillan por su ausencia los amores trágicos, las venganzas terribles o los odios y rivalidades entre la propia nobleza castellana o adalides árabes. “La espada del templario”, pese a estar enmarcada en este contexto medieval, se ciñe y discurre en un ambiente telúrico, mágico, fantástico, inmerso en una atmósfera extraordinaria al ser forjado su acero por gnomos, hadas y diablos.

En el corpus de *Fantasías* se deslizan o discurren tópicos característicos de la novela realista. Este hecho no debe extrañarnos, pues la aparición de esta corriente estética, el Realismo, coincide con la elaboración y publicación de sus leyendas y tradiciones. Recordemos, por ejemplo, el despertar amoroso de quienes forman parte de una orden religiosa, del novicio o seminarista inmerso en una crisis religiosa. La del sacerdote enamorado que vive un angustioso existir debatiéndose entre la vocación religiosa y la relación amorosa. Evoquemos, de los muchos títulos existentes, las novelas *Pepita Jiménez* y *Doña Luz*, publicadas en los años 1874 y 1879, de Juan Valera, reputado crítico, intelectual y novelista cuyas novelas eran leídas y conocidas en esta etapa juvenil de Blasco; o el caso de Galdós con el personaje del padre Pedro Polo en su trasiego novelesco, especialmente en su novela *Tormento*, publicada en 1884, tres años antes de la aparición de *Fantasías*. Estos ejemplos y otros correspondientes a la literatura europea serían harto elocuentes para explicar la presencia del sacerdote que se debate entre dos vocaciones o inclinaciones: la de su condición propia o la del sentimiento amoroso hacia una mujer<sup>31</sup>. No es extraño, pues, que en el corpus de *Fantasías* aparezca la figura del religioso enamorado, como en los relatos “Fray Ramiro” e “In pace”. En el primero de ellos se describe la historia de un expósito que unos frailes del monasterio de San Pedro de Cerdeña encuentran abandonado en sus puertas. La acción, que transcurre en el siglo XII, se ciñe al aprendizaje del niño en el convento, su adolescencia y madurez, hasta convertirse en un miembro más de la comunidad religiosa. Desde un primer momento su presencia transforma el rutinario existir de los religiosos, convirtiéndose en un ser querido y admirado por sus reflexiones, por

---

<sup>31</sup> Vid., por ejemplo, la monografía de Brian Dendle, *The Spanish Novel Religious Thesis, 1876-1936*, Princeton University, Department of Romance Languages, Madrid, Castalia, 1968.

su afán de aprender, por su inteligencia y capacidad de comunicación, su amor por las cosas, su indulgencia y sensibilidad con los semejantes: un santo, en definitiva. Los embates de la vida parecen estar ausentes en la paz monacal, en una atmósfera idílica en la que los sublimes conceptos de la belleza y del amor se identifican con la propia Naturaleza. Visión y comprensión de una dicha sin igual, sin parangón. Sin embargo, el amor llega, y éste no respeta ni estado ni edad. Su amor a lo infinito, a lo sobrenatural e intangible tomará cuerpo cuando conozca el amor de la mujer que le identifica con todas estas sensaciones. Comprenderá el joven fraile que la vida es el amor, que desde que el hombre nace hasta que muere no hace otra cosa que amar. Amor y fatalidad que le conducirá a un ferviente deseo de morir. Su suicidio será su fatal decisión. Una muerte deseada que sólo el lector conocerá, pues el resto de frailes la atribuirá a un descuido, a su afán de contemplar la Naturaleza, la obra de Dios, desde lo más alto del alcázar. Ignorante la Orden del sentimiento amoroso que embargaba al joven Fray Ramiro, le considerará un santo, un hombre que sólo ha vivido para el amor divino. Antinomia de pareceres que acrecienta la injusta reflexión de unos frailes que no supieron interpretar las terribles angustias y amargas de un sacerdote enamorado.

“In pace” será uno de los cuentos más trágicos de *Fantasías*. De nuevo el lector encontrará las mismas premisas: el fraile educado desde niño en un convento que es ordenado sacerdote sin experiencia alguna. Su delito no será otro que amar a una mujer, una religiosa que también responderá a sus cuitas amorosas. Los diálogos entre el abad del monasterio y el fraile pondrán de manifiesto una serie de reflexiones en sumo grado contradictorias. Frente al sentimiento amoroso del fraile que conoce el amor, la entrega amorosa de una mujer, que se identifica con lo sublime, con el verdadero goce del alma, aparecerá un intolerante prior que le condenará a morir enterrado vivo, empotrado en la pared, encerrado en una mortaja de muros indestructibles. Una muerte cruel, inhumana e impropia. Un desenlace trágico, ya que su único pecado fue conocer el amor de una mujer. A diferencia de otros relatos o cuentos de Blasco Ibáñez<sup>32</sup>, no existe un anticlericalismo zafio o una imagen del sanchopancismo clerical, sólo crueldad o ceguera de unos representantes eclesiásticos.

El contenido de *Fantasías* coincide también, desde el punto de vista temático, con el argumento de novelas adscritas a la corriente estética del Realismo. Nos referimos al adulterio como eje conductor de la trama novelesca o como asunto implícito en la propia trama. La casi totalidad de escritores adscritos al Realismo-Naturalismo escribieron novelas en donde el adulterio ocupa un lugar privilegiado. Desde Fernán Caballero (a través de su personaje Marisalada en sus amores con el torero Vera) o Alarcón en *El escándalo* (la relación adúltera entre La Generala con Fabián Conde) hasta Clarín con la publicación

---

<sup>32</sup> Cfr. Enrique Rubio Cremades, “Vicente Blasco Ibáñez. Cuentos valencianos y *La Condenada*”, *Romance Quarterly*, vol. 36, 3 (1989), pp. 343-351.

de *La Regenta* (1884), novelas que precedieron al año 1887, fecha en la que se publica *Fantasías*, los escritores manifestaron este vivo interés por el tema del adulterio. Recordemos también que en esta época universitaria de Blasco se inicia el ciclo de novelas naturalistas de Galdós, con relatos en los que aparece dicho tema, como en *La de Bringas* (1884) o *Fortunata y Jacinta* (1886-1887). Blasco abordará también este motivo, aunque infartado en la Edad Media, como en sus relatos “Alvar Fáñez” o “El castillo de Peña Roja”. El primero de ellos, a pesar de estar enmarcado en un hecho histórico real, cerco del Cid a la ciudad de Valencia, Blasco dota al relato de un hálito misterioso –presencia de una bella mujer árabe que le requiere de amores– que provocará en el noble castellano una pasión ardiente que le hará olvidar a su esposa Sancha. Relación amorosa que finalizará con la toma de Valencia por el Cid y la muerte del último rey árabe de Valencia, Aben-Geal, que resultará ser el esposo de la bella Kethira, la amante de Alvar Fáñez. Amor que perdurará siempre en el ánimo del noble caballero. En sus últimos instantes de vida, viejo y herido mortalmente en el campo de batalla, pronunciará su nombre antes de expirar.

La relación adúltera, la presencia de amantes que se debaten entre el código del honor y de la honra por verse ultrajados por la infidelidad de una mujer, aparece en *Fantasías* con el mismo sesgo que en los relatos o novelas de la segunda mitad del siglo XIX. Sería, por ejemplo, el asunto del cuento “El castillo de Peña Roja” en el que el marido burlado da muerte en duelo al amante de su esposa. El deshonor, la deshonra y el desprestigio del caballero desaparecen en el instante en el que se produce la muerte de los amantes, al igual que sucede en el código del honor imperante todavía en el siglo XIX. Blasco teje en este sentido una historia en la que si bien se entrecruza lo fantástico, lo mágico, con lo real, como en las leyendas de Bécquer, por ejemplo, la pasión amorosa que no respeta ni el vínculo religioso ni el civil será, por el contrario, un elemento fundamental de la gran novela de la segunda mitad del siglo XIX.

Existen otros relatos ambientados en fechas significativas del santoral valenciano que describen situaciones o ambientes propios de este contexto geográfico en la Edad Media, como “La noche de San Juan”, la noche de brujas donde todo es posible, desde la cuita amorosa hasta la venganza terrible por mal de amores. “Tristán el sepulturero” será otra de las narraciones imbricadas en la *Noche de Ánimas*, en un contexto en el que se entrecruza la celebración religiosa con la historia de un loco enamorado que cree ver resucitado a su amor perdido. Visiones de unos personajes en donde se conjuga la resignación cristiana acompañada de unas alucinaciones fantásticas causada por la abundante ingesta de vino y no por causas sobrenaturales. Mitad humor, mitad resignación. Al final todo queda en las libaciones de unos personajes que dan vida a un cuadro romántico –la *Noche de Ánimas*– que nada tiene que ver con el de su admirado Bécquer.

*Fantasías. Leyendas y tradiciones* ofrece al lector o estudioso de la obra de Blasco Ibáñez las incipientes pautas de su posterior novelar adscrito a la estética

naturalista. Las descripciones ambientales que aparecen en este corpus anuncian ya al gran novelista. Otro tanto sucede con la ininterrumpida galería de retratos que aparecen en sus leyendas y cuentos fantásticos. Presencia también de variantes idiomáticas, giros, vocablos, arcaísmos a fin de dar un mayor verismo a los relatos de *Fantasías*. Su preocupación por el lenguaje no pasa desapercibida para el lector, como si intentara adecuar el contexto geográfico en la España medieval con la peculiar condición social de los personajes. La presencia de arabismos en determinadas leyendas, como en “Alvar Fáñez” o “Fátima”, por ejemplo, dan ese sabor arcaico, añejo, antiguo, como si de un manuscrito original del medioevo se tratara. Un narrador omnisciente que introduce una acción, unos personajes plenos de vida, de entrega, de amor. Blasco Ibáñez ofrece al lector su fuerza creadora, su capacidad novelística en estos relatos adscritos a un romanticismo tardío que penetra, como si de una cuña se tratara, en la novela realista-naturalista española.